

En la capital..... 0'75 céntimos trimestre.
Fuera de ella..... 1 peseta ld.
En el extranjero, 1'25 ld. ld.

Número suelto, 5 céntimos.

Se admiten anuncios, esquelas de defunción y recordatorios a precios convencionales.

EL SALMANTINO

NÚMERO EXTRAORDINARIO

FRANQUEO
CONCERTADO

ADMINISTRACION

CIRCULO TRADICIONALISTA

PLAZA DE SAN ISIDRO

SALAMANCA

No se devuelven los originales

NÚM. 130.

AÑO IV.

Miércoles 30 de Marzo de 1910.

EL MITIN TRADICIONALISTA EN MEDINA

6.000 asistentes al acto.—Banquete de 500 cubiertos

A GUISA DE PROLOGO

Grandioso, muy grandioso espectáculo el del lunes. En el centro de Castilla, donde las llanuras sin fin invitan a sus hijos a caminar por ellas con paso tranquilo y sosegado; donde no hay obstáculos naturales que vencer y por eso mismo la actividad se repliega y permanece como escondida en el fondo de las almas; donde no hay espíritu de asociación ni de reunión, como consecuencia del amortecimiento de la actividad externa; donde creyeran algunos que había muerto la Tradición y que no había tradicionalistas, porque el caciquismo se ha ido apoderando poco a poco de los campos, de los pueblos y de las ciudades; en ese centro, en el corazón mismo de la tierra castellana, en Medina del Campo, la ciudad de los venerables recuerdos, quedó ayer extendida solemnemente, como dijo con mucha elocuencia el señor Feliú, la fe de vida del Tradicionalismo leonés y castellano.

Y nosotros, los tradicionalistas salmantinos, los que fuimos allí, obedeciendo a la voz de nuestros jefes y a los anhelos de nuestras almas, satisfechos podemos estar, de haber puesto nuestra piedra en la obra común, de haber unido nuestros esfuerzos a los de nuestros hermanos en la obra regeneradora, y de habernos sabido mantener, con todos los demás, obedientes a las órdenes de nuestros superiores, y firmes y serenos ante la chusma que quiso con hieles en el corazón, ademanar descompuestos de brazos y gestos de patíbulo en las caras, dar también fe de vida, si puede llamarse fe a una fe sucia y llena de borrones, y si es vida aquella actividad enteca, miserable, de burla y de garito. ¡Pobre España si esas hordas llegarán a imponer si los partidos liberales, —el de Canalejas, y el de Maura, los dos,—siguen el camino que llevan, y si los católicos no los combatimos con toda decisión, a sangre y fuego.

El día anterior habían tenido esos liberalísimos señores, su correspondiente mitin—llamémoslo así.—Y pasearon por las calles de Medina, y nadie se metió con ellos, y la Juventud Jaimista, indiferente, los vio pasar.

Y el lunes, ellos quieren oponerse a que ejercitemos un derecho, y emplean todas sus fuerzas para conseguir su fin, y rugen de rabia al ver frustrados sus propósitos.

contener sus odios, como aparecía en sus caras, y obraron como el que se deja arrebatar por el odio, como salvajes.

Y no es esto lo más triste. La mayor parte de esos infelices no sabe lo que hace, es instrumento vil de una caña de engañadores y aprovechados que buscan su provecho personal. Lo más triste es que—según en el mismo Medina nos dijeron y era del dominio público—alentaba a los alborotadores un alcalde camaleón, «gran adúlador de todos los Segismundos» como dijo un querido amigo nuestro, el cual alcalde se había propuesto que no hubiera mitin.

Pero lo hubo, a pesar de todos los alcaldes, y de todos los gobernadores, y del cacique máximo de Valladolid, el gran Alba, si es que este señor prestó apoyo decidido en Medina a los radicales, como se lo prestó en Valladolid, en el mitin del domingo.

Y a pesar de las prohibiciones de la autoridad, que nos separó y nos dividió—para ver si caíamos en la ratonera, según todas las trazas—y nos prohibió desplegar las banderas al entrar en el pueblo, a lo cual accedimos, sin que las banderas se desplegasen por la calle nunca, aunque digan otra cosa los correos ponsales que no estuvieron junto a ellas siempre, como estuvimos nosotros, —si bien luego, esa misma autoridad desplegó todo el aparato posible para que apareciésemos como protegidos por la guardia civil; a pesar de todo eso la fiesta resultó solemne, majestuosa y magnífica, como podrán ver a continuación nuestros lectores.

¡Oh, si nos hubieran dejado a nosotros solos, sin provocar a nadie, como no provocábamos, sólo defendernos; si hubiéramos podido nosotros dar una lección a aquella canalla, que no merecen otro nombre aquellos grupos de desarrapados, con los rostros vinosos y los ademanes más sucios! Nadie se atrevió a dar un paso hacia nuestra bandera, cuando en grupo, una docena de personas, contando entre ellas a nuestras bravas, a nuestras valientes salmantinas, pasamos por entre la multitud—desgraciado del que hubiera dado ese paso—y cuando el Sr. Miral, al llegar a las escaleras de la Colegiata plantó la bandera y dio cara a la chusma, y dos, tan solo dos de los nuestros, el Sr. Sánchez Ferrero y el veterano de Zamora don Gabriel Sologuren, avanzaron, los grupos retrocedieron y echaron a correr, antes de que llegase la guardia civil, que empezó entonces a darnos protección, y se desplegó en guerrilla; y cuando con el primer teniente alcalde de Medina llevaban las banderas los cinco abandonados solos, y el Sr. Miral, quedándose atrás, tuvo que habérselas con

alguno, no bien le dio la cara nuestro amigo, volvió el otro más que a paso las espaldas.

¡Gran triunfo ha sido el nuestro en Medina del Campo! Los tradicionalistas salmantinos y los jóvenes jaimistas están de enhorabuena. Y muy especialmente las damas salmantinas que acompañaban a la bandera, las Srts. de Lamamié de Clairac y de Húmara que como madrinas no se apartaron de ella un momento, y la de Sánchez Reyes, Albarrán y la Sra. viuda de Húmara, que le daban lucida guardia de honor. ¡Radiantes de hermosura, serenas, gozosas y contentas, parecían realmente ángeles tutelares del emblema de la Tradición con los que no podían atreverse aquellos ángeles caídos, de torvo mirar, que salían a nuestro paso. ¡Llor y gloria a las valientes y cristianas damas! ¡Y llor y gloria al Tradicionalismo salmantino!

X.

La bendición y jura de la bandera

Cuando arrodillados en el presbiterio de la iglesia de San Sebastián asistíamos al Santo Sacrificio de la Misa ¡qué oleadas de sublime ternura invadían nuestra alma! En el altar, el Dios de los cielos y de la tierra; a sus pies, sus más fervorosos adoradores, los representantes de la España tradicional; y en nuestros corazones, y en el ambiente que allí se respiraba, las figuras de los más nobles y grandes personajes de nuestra historia, los recuerdos de nuestras mayores grandezas y de nuestro glorioso vivir a través de los siglos, los afectos más puros de amor a Dios y a nuestra Patria idolatrada, que veíamos regida por un rey grande como los de nuestros tiempos: antiguos de esplendor.

Aquella bandera, que era la bandera española y la bandera de Castilla, y era también la bandera de los tradicionalistas españoles, aquella bandera depositada junto al altar, despertaba en nosotros las más grandes ideas y hacía latir nuestros corazones con latidos de noble entusiasmo.

Terminó la Misa y leyó el sacerdote los preces rituales, se enarboló la santa enseña; sonó la marcha real en lo alto, como una evocación de la armonía del cielo que bajaba a la tierra a unirse al coro de armonías terrenales que cantaba dentro de nuestras almas, y apareció a nuestros ojos la imagen de la España grande, señora y dominadora de los pueblos, la España que nosotros conservamos viva y que resucitaba potente y majestuosa ara domeñar a los

malos y ser otra vez lo que fue un tiempo.

Después la jura. Todos, aquellos buenos hijos de la Madre patria, besaban con el fervor de los hijos amantes, con el cuidado tierno con que besa el padre a los hijos de sus entrañas, el pedazo de tela ese, que dicen los bárbaros modernos, el símbolo vivo que nos arrastra y nos conmueve a los Tradicionalistas, porque representa todas nuestras glorias y es la síntesis de todos nuestros amores.

Y aunque no podíamos allí decir con palabras lo profundo y arraigado de nuestra fe y de nuestro amor, todos nosotros prometíamos ante Dios defender con todas nuestras fuerzas con todos nuestros medios, aun a costa de nuestra tranquilidad personal, aun con pérdida de nuestros intereses, aunque tuvieramos que derramar nuestra sangre, defender con toda nuestra alma lo que representaba aquella enseña bendita.

¡Te saludamos, te amamos, te defendemos siempre, enseña bendita, bandera santa, tres veces santa por ser el emblema de la Tradición española, de Dios, la Patria y el Rey!

Z.

La ceremonia religiosa.

En la parroquia de San Sebastián, el domingo de Resurrección, tuvo lugar la solemne fiesta de bendecir la bandera tres veces santa pues contiene esos benditos ideales que después voluntariamente juramos defender.

La bandera que se bendijo es verdaderamente digna de verse. El paño principal es el morado, sobre el cual, pintado al óleo, se ve el escudo de Castilla y alrededor se lee *Circulo Tradicionalista, Salamanca*. El segundo paño lleva la inscripción *Juventud jaimista*, el escudo de España y el lema *Dios, Patria y Rey*, sobre los colores nacionales. Además lleva hermosísimas corbatas que han regalado distinguidas señoritas de esta capital.

El templo estaba lleno. Los leales que lo ocupaban, oían con el debido recogimiento el Santo Sacrificio de la Misa. En el presbiterio se veían, el Jefe provincial carlista D. Eloy Lamamié; el Jefe local, D. Nicasio S. Mata; el presidente de la Juventud Jaimista, D. José G. Revillo; el capellán de la misma, D. Juan Méndez Pérez y la Junta Directiva del Circulo Tradicionalista, presidiendo el acto.

Las bellas y encantadoras señoritas Mercedes Húmara y Dolores L. de Clairac, tenían cubiertas sus cabezas con la simbólica boina roja y como madrinas de la fiesta ocupaban otro lugar del presbiterio, acompañadas de los padrinos, los distinguidos jóvenes D. Domingo Miral y D. Rafael Húmara.

Después de la Misa, en la cual comulgaron las madrinas y los padrinos, el presbítero, Dr. Méndez, rezó las preces de rúbrica, y el Sr. Miral izó la bandera, ya bendecida, a los acordes de la *Marcha Real*.

Y enseguida los asistentes al acto fueron pasando por delante de la bandera y besándola con respeto y amor.

Terminada la ceremonia, se dirigió la concurrencia al espacioso local del Circulo, donde, con un rumbo extraordinario, los padrinos obsequiaron a tan numeroso público con pastas, licores y cigarros.

El entusiasmo se desbordó, lo mismo en la gente joven que en la madura, pues tan simpática fiesta quedará eternamente grabada en los pechos de los nobles salmantinos.

Gracias tenemos que dar a las distinguidas señoritas que con su belleza y entusiasmo dieron alegre colorido a nuestra fiesta y cuyos nombres omitimos por el temor de no poder darlos todos.

La velada.

Con precipitación se preparó por la Juventud Jaimista una velada para celebrarse en la noche del Domingo de Resurrección, acto que se vió en extremo concurrido.

El programa fue variado, y de él podemos decir que se lucieron los monísimos niños Pepita Martín Escudero y Paquito Rodríguez Martín, en la *Carta a Juan Soldado* de los hermanos Alvarez Quintero.

La novedad que se introdujo por esta vez en el programa fue el drama *Vildac*, en el que todos los actores interpretaron con cariño su papel y especialmente el señor Méndez (D. M.).

Terminó la velada con el sainete cómico de Vital Aza *El Autor del Crimen* distinguiéndose en él los Sres. Reyes, Méndez (D. G.), Arambarri y Susín.

Y no queremos terminar esta reseña sin manifestar nuestro agradecimiento a los correligionarios de Zamora que asistieron a nuestra velada y nos acompañaron en el viaje a Medina. Allí vimos dar muestras de gran valor a algunos de ellos, arredrando a un grupo de revoltosos: La Juventud Jaimista, El Circulo y todos los correligionarios de acá agradecemos en el alma su visita.

¡ADELANTE, MUCHACHOS!

El que haya visto cómo se desbordan los ríos en las llanuras y cómo se propagan las llamas en un bosque, podrá formarse idea de la rapidez y empuje con que van extendiéndose por España las ideas tradicionalistas.

Y cosa rara! Son millares de jóvenes los que se constituyen en adalides esforzados de la Causa, tres veces santa, y viene la ola invasora de la periferia al centro.

Ayer eran los veteranos de las pasadas guerras los únicos que comentaban y recordaban sus hazañas con el entusiasmo que deja siempre en el alma el culto rendido a los altos y desinteresados ideales, hoy son legiones de jóvenes los que se mueven con ardor indescribible, y enardecen a las muchedumbres con el fuego de su cálida palabra, y se aprestan a organizarse en guardia de honor, en falange macedónica, que, apretada y compacta alrededor de la bandera de sus amores, sabrá vencer o morir, pero nunca, sépalo quien deba saberlo, sabrá retroceder.

Del Pirineo y de las montañas vascas y astures proceden las avenidas que han de inundar los campos de Castilla; y los pechos castellanos sabrán responder con todos los entusiasmos de su alma a las palabras de aliento con que ayer les saludaban los habitantes de las montañas sagradas de Euzkalerria por boca del joven Esteban Bilbao, que supo cantar con elocuencia soberana las altas glorias de Castilla.

¡Adelante, muchachos! La asamblea de Medina, a la que con tanto entusiasmo asististeis ayer, está llena de enseñanzas que debéis aprovechar; ella os enseñó lo que pueden la organización y la disciplina; os dio a entender que, a pesar de todos los pesares, no hay en el fondo de la sociedad española otras fuerzas vivas que las de la revolución y de la tradición; que está muy cercano el naufragio de todos los poderes acomodaticios y temporizadores; que no puede haber, que no habrá paz sólida y duradera hasta que se dé la batalla definitiva en que ha de sucumbir uno de los combatientes, y sobre todas estas y otras muchas enseñanzas que en Medina recibisteis, se destaca una altamente hermosa y consoladora, sobre la cual quiero llamar vuestra atención de una manera especial.

Las incertidumbres y vacilaciones traían en el día del combate, mucho más próximo de lo que algunos ilusos se imaginan, largos días de luto sobre la Patria; pero estad seguros de que con decisión, energía y serenidad, la tormenta ha de ser muy pasajera. Las autoridades civiles de Medina procedieron como quien son: es decir, como autoridades desorientadas, que, sin otro ideal que el de conservar la vara de mando, ellas sabrán por qué, no supieron ni pudieron garantizar el derecho de los ciudadanos. Un criado del

tos de color de rosa y a otro para escribir la *Araucana*, y en esa lengua se escribieron también los fueros, y en ella he pedido yo a mi madre besos, a los tribunales de justicia derecho, y a Dios el pan nuestro de cada día. (Aplausos).

No me aplaudís, porque en esto soy egoísta, porque con esto quiero que los rayos de vuestra gloria vengán a iluminar la cuna de Churruca y el histórico castillo de Loyola. (Aplausos).

Por eso, ¡cuánta amargura he sentido al contemplar el castillo de la Mota, y recordar aquellos tiempos en que el sol era como un satélite nuestro, y en los cuales la reina que moraba en aquel castillo compró con sus joyas un Mundo, perdido por el liberalismo hoy, en el vergonzoso tratado de París, yéndosenos con ese Mundo las joyas de nuestros reyes, la sangre de nuestros soldados, las oraciones de nuestros misioneros, y el puñado de tierra en que descansaron nuestros mártires! (Aplausos).

Sí, porque todas las regiones, a pesar de ser distintas entre sí, se funden, como las almas en un abrazo fraternal, y están unidas en el santo amor de la Patria grande, que siempre se unió, aun cuando formaba diversos estados, contra el extranjero: en el Guadalete luchó el vizcaíno Andeca, junto a Rodrigo, y después todos los españoles fueron a la Reconquista, a Flandes y contra la invasora Francia.

Y esto no podía menos de ser así. Las naciones son producto de su educación histórica: Grecia representa el arte, Roma la fuerza y el derecho, Italia la poesía, Alemania la filosofía, España el regionalismo, la fe y la democracia. Y dentro de España, el Pilar representa la fe, y la ca-

tedral de Toledo el arte, y la libertad Guernica, y el amor a la naturaleza Valencia y Andalucía. (Aplausos).

Mas, como de la variedad de las regiones hemos acudido al concepto de unidad de la Patria, así de éste llegamos a otro más alto, el de la unidad religiosa. Por eso, nosotros, los tradicionalistas, somos los defensores del regionalismo, de la Patria y de la Religión.

En este momento, un grupo de alborotadores interrumpe al orador, que exclama: ¡No interrumpáis, que no sois vosotros como nosotros: nosotros somos los únicos que podemos hablar así, porque somos el único ejército de caballeros que puede improvisar una batalla! Grandes aplausos responden a esta apostrofe del orador.

Los conservadores, sigue diciendo, no pueden con eficacia defender la verdad, porque se dicen neutrales y la neutralidad es mentira; es la carátula de los enemigos de la Religión, para comprar las conciencias; es el ramo que esconde el puñal; es la mata de rosas que aloja a la serpiente que quiere subir por la cruz para morder en el corazón de Cristo. (Aplausos).

Neutralidad y doctrinarismo son una misma cosa. Por eso, los conservadores no pueden protestar contra las escuelas laicas; ellos, que las tuvieron abiertas; ellos, con su Marqués de Portaz, go al frente, que hace poco presidió el reparto de premios de la Institución libre de enseñanza. (Aplausos).

Por eso protestamos. Y que ellos se comprometan a que tales proyectos no sean leyes, o que nos dejen a nosotros, por que de otro modo nos estorban. O ellos, que están junto al poder; o nosotros, que estamos lejos

de los poderes, que no es precisamente lo mismo que lejos del poder. No es eficaz, no puede serlo, la protesta de los que proclaman que el pensamiento no delinque, y por tanto toda enseñanza es legítima; y que el derecho público no es católico ni protestante, lo que equivale a proclamar el laicismo del Estado, que es más aún que el de solo la escuela.

Se ha dicho que, en los actuales momentos sólo había dos posiciones posibles: de pie para pelear, y de rodillas para rezar; yo digo que solo hay una: de pie para luchar, porque no nos dejan estar de rodillas para rezar. (Aplausos).

Este es un concepto tan transcendental, que se refiere al mismo concepto del ser divino. No hay dioses neutros, recorren todos los pueblos y en ninguno hallaréis semejante Dios, un Dios que haya perdido en los espacios celestes la espada de la justicia y que viva adormecido en un ambiente de pura misericordia y nada más.

¡Abajo los fariseos! Ese doctrinarismo conservador es el peor de todos, porque se aproxima a los unos y les dice que son sus amigos, y a los otros y les dice que son sus hermanos; pero a los unos les perdonan sus rebeldeas y a los otros los llevan al destierro. (Aplausos).

Llegan los tiempos en que no bastará ni la oración al mazo, los tiempos de las grandes batallas, como decía el general Nájera. Yo no os excitare a la rebelión, pero sí a la defensa; hacen falta fusiles para defender nuestros hogares, nuestro honor, la inviolabilidad de nuestros domicilios y el respeto a nuestras conciencias; estamos en una época en que debe repetirse la frase

de Aparisi: «El que tenga fusil que lo prepare, y el que no lo tenga que lo compre». (Grandes aplausos).

Un siglo necesita una idea, para abrirse paso; un lustro, tal vez, la lógica; para pasar de las premisas a la conclusión; basta un momento para derrocar las cumbres más altas, cuando debajo de ellas se ha estado amontonando durante años y años la pólvora. La revolución española hace tiempo que nos está minando, y solo nos quedará, cuando estalle: o buscar miserablemente un refugio entre los escombros, o hacer con ellos una trinchera, o el camino del cadalso, o el del campo de batalla.

¡Ay de vosotros! si no os fuera posible seguir este último camino. Las sombras victoriosas y nobles de vuestras grandes reinas, de vuestros héroes invictos, de vuestros ilustres conquistadores, que huyan entonces de aquí, porque habrán sido destruidos el altar y el trono; que huyan de la llanura; que vengan, y venid todos vosotros, a nuestras montañas, que allí estamos nosotros con los brazos abiertos, y os recibiremos con amor, y juntos volveremos a reconquistar la España tradicional y a hacerla grande.

Así terminó su discurso, de soberana y admirable elocuencia, el Sr. Bilbao. El auditorio, arrebatado de entusiasmo le aclamó sin cesar, tributándole al fin una delirante ovación.

D. Bartolomé Fellú:

Es saludado con una ovación y se oyen muchos vivas.

Medinenses: con este nombre saludo a todos sin excepción, y aunque no pienso hacer un discurso, quiero hablar por la representación que traigo, para declararos que hemos venido a

desagrar a Castilla, que yacía en un estado deplorable, sin que apenas nos ocupáramos de ella, y ahora resurge.

Si estuviera en este puesto nuestro augusto Caudillo, de seguro que el acto de hoy le inspiraría algo que yo quiero interpretar y traducir con una frase gráfica, que la tradición conserva.

De aquí salió Isabel de Castilla, para conquistar a Granada, y aquí volvió a descansar después de la conquista dando gracias a Dios e instituyendo en memoria de tan fausto suceso grandes fiestas, de tanto renombre y magnitud, que llamó a un escribano.

«¿Sois escribano?, le preguntó la Reina, cuando lo tuvo delante.

—Tan escribano como caballero, le respondió él.—Hogárame yo, de que Dios me diese de mí buen esposo don Fernando tres hijos, dijo entonces D.^a Isabel I.: al uno querría ver heredero de mis estados, al otro arzobispo de Toledo y al otro escribano de Medina. Y le mandó que levantara acta de tales fiestas.

Yo pido, que si hay aquí algún escribano, levante acta de la hidalguía de los tradicionalistas, de su conducta, de sus nobles sentimientos, de su empeño de regenerar a España.

Gracias a todos vosotros, por vuestro comedimiento y vuestros sacrificios, y al pueblo de Medina también, porque los desgraciados que nos ofendieron lo han hecho porque nos desconocen. Y hasta otra ocasión, en que nuestro Príncipe pueda salir de aquí para ir, llevando a su lado otra Isabel I., atemplo más grande de España a hincarse de rodillas.

El cariño y respeto con que fué escuchado el breve discurso del ilustre Jefe Delegado, se vió coronado por un sonoro ¡Viva el delegado del Rey! al que se contestó unánimemente.

La salida del mitin

La autoridad nos prohibió salir con las banderas armadas, por orden, dijo, del —no sé si será Excmo.—Sr. Gobernador de Valladolid. Hubo que quitar del asta la bandera y llevarla plegada.

Salimos entre dos filas de curiosos y de guardias civiles.

Y llegamos a la estación, con el ánimo sereno y tranquilo, con el pensamiento sublimado a las regiones puras y de grandeza que los oradores del mitin pusieron ante nuestros ojos, con el corazón lleno de santos y nobles entusiasmos.

En la estación tuvimos que montar de prisa y corriendo, en medio de los nutridos aplausos de nuestros compañeros de jornada, y de sus vivas cariñosos a Salamanca, contestados por otros nuestros.

A Salamanca.

Y ya estamos, corriendo el tren, de vuelta a nuestra histórica ciudad, que evocamos, antes de verla, como uno de los alcázares venerandos de la Tradición española.

Animadas conversaciones, recuerdos de incidentes, aplausos para los oradores del mitin, aplausos para los oradores y oradoras—y muy merecidos por cierto—que hablan maravillosamente el mismo tren, elogios y alabanzas a nuestras paisanas... y de pronto silbido de la locomotora, y nuestra entrada en los andenes de la estación de Salamanca.

Imprenta Católica Salmanticense
Arroyo del Carmen, 15.

SECCION DE ANUNCIOS

LA CERA DE GAUNA

DE VITORIA

Que yo represento en Salamanca

ES LA MISMA DE ANTES

Ni la cera, ni la fábrica, ni el representante han variado nada.

Gazapo, Salamanca.

JOSE ACEDO BERNARDO anuncia a los lectores de EL SALMANTINO que se ha decidido a realizar prontamente todos los géneros, tejidos y artículos de punto y para ello hace un regalo de DIEZ POR CIENTO en las compras que le hagan de una peseta en adelante. Los precios continúan siendo fijos y económicos. Lo mismo que antes, a pesar de la subida de los hilos y algodones. Aprovechése. Lonja 13 y 15, Salamanca. SE BARRIDA EL LOGO.

LA CATALANA

Sociedad española de seguros contra incendios á prima fija

FUNDADA EN 1865

Acordada su inscripción en el Registro de empresas autorizadas por Real orden del Ministerio de Fomento de fecha 8 de Julio de 1909.

GARANTIAS

PESETAS

Capital social.	Suscrito.	5.000.000
Inversiones y fondos disponibles.	Desembolsado.	1.250.000
Reservas.		3.372.556,98
Sinistros satisfechos.		2.116.098,48
		12.186.853,84

Domicilio social:--BARCELONA: RAMBLA DE CATALUÑA, 15, Y CORTES, 624

Representante en la provincia de Salamanca: D. Arturo Gómez y Gómez.

Oficinas: Doctor Riesco, números 23 y 25 y, Especies 1.

Autorizada la publicación de este anuncio por la Inspección de seguros en 26 de Junio de 1909

BUEN TRATO Y ECONOMÍA

ZAPATERÍA DE MIGUEL LOPEZ

Isla de la Rúa, núm. 1. (Junto al caño de San Martín) y Lonja de la Cárcel núm. 3.

Pongo en conocimiento del público en general que en estas casas se hace toda clase de calzado, de esmerado gusto y a la más completa perfección para caballeros, señores, niños y niñas a precios puramente económicos. Estas casas, os saludan y os ruegan a la vez no compréis ninguna clase de calzado, sin antes convenceros de la calidad y economía del mismo en la seguridad de que quedarán completamente satisfechos.

A CALZARSE SEÑORES, BUENO, BONITO Y BARATO

No olvidarse ni confundirse, (Junto al caño de San Martín) y Lonja de la Cárcel, número 3.

MEDICAMENTOS MAYA

Pildoras febrífugas Anaya.—Infalibles contra el paludismo.

Ungüento Anaya.—Para curar las grietas de los pechos.

Pildoras laxantes antiapopléticas de Anaya.—Eficacísimas para combatir las congestiones, combatir el estreñimiento crónico, etc., etc.

Depósito principal de estos medicamentos, FRANCISCO PEREZ MARTIN.

Depósito en Salamanca: DON SEGUNDO PRIMO.



PAQUETES PASTILLAS PESETAS
1.ª marca: Chocolate de la Trapa. 400 gramos. 14, 16 y 24. 2.ª, 3.ª y 4.ª. 1.50, 1.75 y 2.50.
2.ª marca: Chocolate de Familia. 450. 14 y 16. 1.50, 1.75 y 2.50.
3.ª marca: Chocolate Económico. 350. 14 y 16. 1.50, 1.75 y 2.50.
Elaborados según fórmula aprobada por los Laboratorios Químicos Municipales de Madrid, Pamplona y San Sebastián. Cajas de merienda, 3 pesetas, con 64 raciones. Descuentos desde 50 paquetes. Portes abonados, desde 100 paquetes, hasta la estación más próxima. Se fabrica con cacao, sin ella y a la vainilla. No se carga nunca el embalaje. Se hacen tareas de encargo desde 50 paquetes al detall. Principales ultramarinos.

tienen plazas disponibles para los suyos; yo tenía que venir con vosotros a saciar mi alma en los raudales purísimos de vuestra doctrina, a pagaros amor con amor, a padecer con vosotros, y a seguirlos al destierro si es necesario. (Grandes y repetidos aplausos.)

Yo me encontré un día en medio del pueblo y vi que era un niño, un niño a quien era necesario educar para que se hiciera grande. Y trabajé con entusiasmo y perseverancia, creyendo que se le educaba quitándole la Fe y enseñándole a odiar. Pero he visto y he palpado mi error grande; y ahora estoy convencido de que voy por el camino recto, el camino de la salvación de España, a quien vosotros redimiréis de la esclavitud que nos trajo la Restauración; y esta mañana hubiera acabado de vencerme, si no lo estuviera ya, de que la luz con que nuestros enemigos quieren iluminar al mundo es fatídica y destructora, hiere la vista y mata, y la sombra vuestra es refrigerio y paz del alma, y hay en medio de ella rayos de luz que subliman y engrandecen. (Gran ovación.)

Con vosotros, pues, iré a todas partes. Porque ahora que conozco a nuestros enemigos bien, no quiero nada suyo. En otros países los que se proclaman defensores de la libertad se inclinan ante sus contrarios, en las procesiones y en los actos públicos; aquí, ya lo habéis visto, si hubieran podido, os hubieran arrebatado y hubieran deshecho estas banderas, que representan aquellas otras destruidas y llenas de manchas de la sangre de los héroes de la Tradición, que son los verdaderos españoles. (Ovación.)

El Sr. López Méndez Vivigo

El Sr. Muñiz presenta a continuación al joven presidente de la Juventud jaimista de Valladolid, el orador lleno de fuego y energía que Salamanca conoce y cuyo sincero y noble entusiasmo tuvimos la suerte de aplaudir el día de la inauguración del Círculo Tradicionalista.

Su discurso fue breve, como la mayor parte de los que se pronunciaron, por la premura del tiempo.

Voy a hablaros de prisa—dijo el Sr. Vivigo—porque de prisa vivimos esta vida moderna, y porque nosotros los tradicionalistas tenemos que correr mucho, porque vamos a la cabeza del verdadero progreso para sublimar nuestro ideal. (Aplausos.) Y muy en especial a las señoras y señoritas que me escuchan y que con su presencia embellecen más y más este espectáculo hermosísimo.

Al contemplaros tranquilos, sonrientes, llenos de fe y entusiasmo, se me ocurren aquellas palabras de la Escritura: «Que bueno y qué hermoso es que los hermanos vivan la misma vida». En otros mitines hay señales de iras, odios y perfidias; en los nuestros no, porque nosotros somos los únicos entre quienes no caben divisiones, somos los únicos que permanecemos siempre los mismos, los únicos que amamos con verdadero amor.

¡Qué diferentes hombres los que salieron a nuestro encuentro esta mañana! Hombres aquellos que no sé si llamar españoles, que no son españoles, porque no saben lo que es el paso de una bandera española, que tiene el color de la sangre de todos los soldados que la han defendido y el del oro de las glorias nacionales. (Aplausos repetidos.)

Esos hombres no son amantes—como ellos se dicen—de la libertad; al contrario, quieren encerrar a la libertad en un sepulcro. Esos hombres quieren detener a su paso a la civilización, y son merecedores por ello de retroceder muchos siglos, hasta la barbarie, y de que los aplastáramos como a miserables gusanillos. (Aplausos.) Esos hombres mostraron sus iras esta ma-

ñana, porque veían levantarse en esta región y salir de su suelo al Tradicionalismo, que dará la batalla y vencerá al caciquismo vil. (Aplausos.)

Porque son así esos hombres, no los tememos, y esta mañana, cuando las autoridades dejaron indefensa la enseña de la Patria, escoltada por cuatro señoritas salmantinas y unos cuantos caballeros, ellas que son valientes y hermosas, y ellos que suplen con su fe todas las demás armas, supieron imponerse a las turbas y se hicieron respetar por todos; y eso que debían obedecer las órdenes que sus jefes les dieron, y no salir de los límites que ellos les impusieran, porque los tradicionalistas somos héroes cuando es preciso, y somos obedientes y disciplinados. (Grandes aplausos.)

La razón de esto se halla en que nuestra Comunión no está solo alimentada por ideas políticas: la informan la Fe católica y el heroísmo español, que convierten en soldados a las mujeres y a los niños, cuando hay que echar de España a los traidores; y somos los que, como dice en su última novela el P. Coloma, arroja de nuestro suelo a los canallas, como se sacude el león las pulgas. (Aplausos.)

Que ninguno de vosotros salga de aquí sin enviar un beso a la bandera de los tradicionalistas, de los que constituyen una partida, como se dijo en el mitin radical de los farsantes celebrados ayer, y a los que yo contestaré diciendo que no una partida sino un ejército que irá al combate, cuando sea preciso, llevando delante el crucifijo, y ante ese ejército esos mismos farsantes caerán, como miserables fantasmas y sombras que desaparecen ante la luz. (Aplausos.)

Y que ninguno salga sin un profundo amor a la verdadera idea que nos redime: al pie de los altares del Crucificado nos debemos postrar, y tomar la cruz, y llevarla a cuevas y llegar a nuestro calvario, donde debemos perdonar a nuestros enemigos, y morir. Cuantos sean necesarios que mueran, que los sobrevivientes pondrán sobre sus tumbas este epitafio: «Aquí yacen los más grandes hombres, los que defendieron la Patria con su sangre, con su honra, con su hacienda, con su vida, y con lo mejor de todo, con su alma que voló a Cristo». (Escuchándose aplausos.)

El Sr. Prada

Hecha la presentación de este orador, concejal del Ayuntamiento de Valladolid y presidente del Círculo Tradicionalista, comienza dirigiéndose—como antes había también hecho el Sr. Vivigo—a nuestros «enemigos», para quienes tenemos perdón; a la presidencia, digna representación de la nobleza, de las armas, de la ciencia y de las letras, y a las señoritas castellanas, herederas de las virtudes de aquellas damas de la España tradicional, sin las cuales no se hubiera escrito ni una página de nuestras glorias históricas. Y luego continúa elocuentemente su discurso.

Pocas palabras os diré; porque no es esta ocasión de muchas: cuando los grandes sentimientos nos conmueven, la palabra es raquítico instrumento para expresarlos.

Pero vuestros corazones son grandes, como os ha dicho Atienza, y sabrán comprenderme. Yo también os comprendo a vosotros. Vosotros sois capaces de las más grandes empresas, como lo fue el gran corazón de aquella gran castellana D.ª Isabel la Católica, que honro con su presencia estos lugares, donde se respira en un ambiente de hidalguía. (Aplausos.)

Pensando estas cosas, cuando pisé este suelo no pude creer que sustentaría pechos cobardes y traidores, y me fui como un escéptico, cuando os los disparos, que fueron como los de las cajas

de fulminantes de los chiquillos; y admiré el valor de esas doncellas que tenían cogida con todo amor la bandera símbolo de nuestras glorias. (Aplausos.) No puedo alargaros más. Para concluir, yo saludo a esta Castilla, sin la cual no hubiera habido una España grande, que sabrá luchar contra el caciquismo y sabrá redimirse a la sombra de la bandera de la Tradición, de la Tradición bendita, por la que sabremos dar nuestra sangre. (Grandes aplausos.)

El Sr. Sáenz

El elocuente diputado por Tudela pronuncia frases de conculación ante el acto hermoso que se celebra, el cual supone el resurgimiento y elevación de los corazones castellanos. Describiendo si hay carlistas en Castilla, añade el Sr. Sáenz, sería ofensivo, viendo este numeroso concurso. Y decir carlistas, tradicionalistas, vale tanto como decir antiliberales, porque de los tradicionalistas podríamos afirmar en este punto lo que se ha afirmado por un pensador moderno, de Dios: su nombre es la mejor demostración de su existencia, porque eso quiere decir que está en los labios y en el alma de todos, y en todos los tiempos y países. (Grandes aplausos.)

Por eso nosotros todos hemos de luchar sin descanso contra todo liberalismo y especialmente contra el parlamentarismo, el más inepto de todos.

Que deseáis, sino, vosotros, tradicionalistas castellanos? Pues hojas de catecismo, o lo que es igual, independencia económica y libertad de espíritu. Ambas cosas os arrebató el caciquismo liberal, y ambas os devolverá el Tradicionalismo, cuyo poder es tan grande como el de la palanca de Arquímedes y que cuenta con el punto de apoyo del alma del pueblo.

Grandes aplausos acogen el final del discurso del Sr. Sáenz, que los obtuvo también muy continuados cuando apostrofó a unos cuantos individuos, de los tolerantes, que hicieron manifestaciones de desagrado y fueron expulsados del local.

El Sr. Alcocer

El jefe regional de Castilla la Vieja y diputado por Laguardia, pronunció breves frases de saludo y felicitación, diciendo que este acto era el toque de clarín que despertaba a los centinelas y al cual responden con el alarido esta Gran España aplaudida y entusiasmada por este breve y entusiasta discurso.

El Sr. Conde de Rodezno

Elogia a las damas castellanas, cuya belleza y heroísmo se han puesto de relieve muy a las claras cuando las turbas quisieron imponerse a los tradicionalistas, y dedica un recuerdo a los castellanos que murieron en la guerra defendiendo la Causa. Hoy, dice, es de otra clase la lucha, que sostenemos, lucha más constante y traidora, pero a ella venimos, sin dejar de prepararnos para la que pueda venir después, y en la cual el Tradicionalismo se mostrará robusto y fuerte, formando todos sus individuos un solo cuerpo, con las cicatrices de las heridas que recibió al coronarse de gloria. (Aplausos.)

Por eso en esta obra colaboramos todos, los jóvenes y los viejos, los unos con sus energías y los otros con su experiencia. Y mientras la revolución mansa nos ataca, debemos difundir nuestras doctrinas y multiplicar estos «aplechs», para que nos cobrenzan y nos amen todos los hombres de corazón. (Grandes aplausos.) Y debemos defender todo lo tradicional, y muy especialmente al respetable clero. Que no suceda al clero español lo que le ha sucedido al francés. Y no le sucederá, porque aquí no es como en Francia, aquí estamos nosotros como sabe muy bien el venerable prisionero del Vaticano. (Aplausos.) Aquí estamos nosotros, que recordamos al gran Carlos VII, semejante a

Felipe II; aquel luchó contra el liberalismo, y éste contra el libre examen. (Aplausos.)

El Sr. Larramendi

En un discurso lleno de entusiasmo y fuego, cantó el Sr. Larramendi las glorias de Castilla; de su discurso no tenemos tiempo de dar a nuestros lectores más que el siguiente brevísimo extracto.

La única fibra de mi oratoria, y de mi alma palpita en esta ocasión, batiendo marcha al contemplar estas banderas; este clero; estas mujeres castellanas; de corazón que recuerda el de Doña Isabel de Castilla y de rostro semejante al de la Virgen, que nos han dado ejemplo de valentía defendiendo la bandera contra los salvajes; estos jóvenes de sangre caliente, como el vino de la tierra; estos hombres maduros que defenderán nuestra bandera; estos hombres con canas, que la defendieron y aun harán que reverdezan los laureles pasados; estos mozalvetes de noble sangre, que no se dejan seducir por promesas y esperanzas; estos hombres humildes, de caras ateizadas por el sol y escudadas por obra del caciquismo, que se sacrifican en aras de esta Patria querida, ofreciendo por ella el cáliz de su dolor y amargura. (Grandes aplausos.)

Que este acto solemne y grandioso, más espléndido con el ataque villano y caleve de nuestros enemigos, no termine aquí, que su influencia benéfica se extienda por toda Castilla, para que la grey, víctima hoy de la injusticia, siga mañana las cabezas de los cobardes verdugos. (Aplausos.) Yo no temáis a la contrarrevolución, que más vale que sean las únicas víctimas, unos cuantos culpables, cuyas cabezas se vean colgando en la copa de un árbol de los que dan sombra a vuestras ermitas. (Aplausos.)

Hace el orador otras consideraciones sobre el amor de hermanos que existe entre nosotros, y termina con votos porque los aplausos de los allí reunidos atravesasen los mares y lleguen a los oídos del Augusto Próspero. Una gran ovación acoge las últimas palabras del orador.

El Sr. Párrago de Villanueva de Duero

Al presentarse ante el público, es acogido con una salva de aplausos.

Yo recojo con mucho gusto estos aplausos, dice el respetable párroco, para ponerlos a los pies de Nuestra Madre, la Virgen de las Angustias, patrona benditísima de este pueblo. (Aplausos.) Yo quiero proclamar lo que somos, nosotros los tradicionalistas; porque se nos ataca en la peor de las luchas, la lucha contra lo desconocido, lucha que no llega nunca al fin que persigue.

Nuestros enemigos gritan: ¡viva la libertad, la igualdad y la fraternidad! y nosotros somos los que realmente debemos dar esos vivas. Porque Dios es el dispensador de la verdadera libertad del espíritu y de la conciencia, la Patria es la madre común en quien todos fraternizamos, y el Rey es el que concede a los súbditos la más perfecta y lógica igualdad. (Grandes aplausos.) Y en cambio no es verdadera libertad la que monopoliza el comercio y compramos los votos por dinero o amenazando quitar al pobre el pan de sus hijos; ni verdadera igualdad la del reinado de las influencias y la de los escalones de la política; ni verdadera fraternidad la que divide los pueblos y hace que nazcan odios y rencores en la lucha de los partidos políticos. (Muchos aplausos.)

A que reine en esta libertad, esa igualdad y esa fraternidad tradicional y cristiana, debemos dirigir todos nuestros esfuerzos, veréis que grande es España entonces, veréis cómo resurgen

las glorias de los pasados tiempos. (Aplausos.)

El Sr. Pérez Nájera

Al presentarlo el señor Muñiz, como veterano ilustre, dispuesto a conducir al campo de batalla cuando sea preciso, a los castellanos, el general es objeto de una entusiasta ovación.

Bombas de humo, dice, son las que nos han disparado en Medina, y las despreciamos, pero tampoco nos asustan las otras bombas. Y tengo la seguridad de que, si cambiásemos las circunstancias, nuestras mujeres bastarían para arrojar, no a cañonazos, sino a latigazos, a la vil canalla, más allá de las fronteras. (Aplausos.)

Como soldado, prefiero las arengas ante el enemigo a los discursos. Y vosotros no los necesitáis, los que vivís en el corazón de España, tierra nobilísima de grandes reyes y grandes soldados, por donde anduvo el gran Fernando I, y en donde se luchó en nuestra epopeya nacional durante ocho siglos. Dios, en premio a las virtudes de nuestros antepasados, les concedió un Mundo nuevo; a nosotros, como recompensa por nuestros esfuerzos, también nos dará algo.

Yo preveo que dentro de poco será la descomunal batalla, por el Dios ultrajado y la Patria oprimida. Y entonces no consentiremos nosotros que haya, semanas sangrientas, y seremos los defensores del orden. (Aplausos.)

Otras consideraciones muy atinadas hizo el orador, que no podemos extrañar, y que le valieron una ovación muy completa.

El Sr. Sánchez Mata

Nuestro decano de Derecho y presidente del Círculo Tradicionalista pronunció un discurso breve pero muy hermoso, en que recogió oportuna y galladamente una porción de notas dignas de atención.

Bravos leoneses y lealísimos castellanos, correligionarios y enemigos nuestros, empieza diciendo el orador; yo había pensado que se me relevase del compromiso y obligación de dirigirla la palabra. Pero he escuchado aquí un conjunto de lores y de aplausos para mis valientes, para mis héroes salmantinas, que ayer asistieron a la jura de la bandera, y hoy la hubieran defendido hasta el último extremo y la hubieran amparado, como lo han hecho, cubriéndola con sus cuerpos. (Grandes aplausos.) Y yo he debido recoger esos aplausos entusiastas y esos tributos de admiración tan espontáneos y unánimes.

Pero no os extrañe la actitud decidida de nuestras mujeres, que son legítimas sucesoras de aquellas otras que procuraron a sus maridos el triunfo contra Aníbal y serán las que reconquisten con nosotros a nuestra España. (Aplausos.)

Porque es hora de trabajar sin descanso. Estamos en un tiempo de plena resurrección, y yo no puedo hablar más que de lo que hoy flota en el ambiente. Hace mucho creyeron unos ilusos haber sepultado a la Verdad en un sepulcro de Judea, y batieron palmas los escribas, porque creyeron que yacía allí putrefacta. El año pasado se creyó que la causa de la verdad, la justicia y el derecho había sido sepultada en Trieste. Pero la Verdad resucitó y salió triunfante del sepulcro, para extenderse por toda la Judea; y de Trieste salió más pujante, a extenderse por toda España, el Tradicionalismo. (Aplausos.)

En vez de hablar en nombre de las juntas locales, quiero hablar en mi nombre tan solo, y más que hablar quiero sentirlo mismo que sentís vosotros, y quisiera abrazaros a todos en un abrazo fraternal, porque somos hermanos, hijos del mismo Padre celestial y súbditos del mismo Rey. (Aplausos.)

Y nada más. Salamanca, mi querida Salamanca, la de las glo-

rias tradicionales, os abraza a todos los que estáis aquí, aun a los mismos que con cuatro voces y otras cuatro groserías quisieron atacarnos. Porque nuestro corazón es grande, y aprendimos en la escuela a amar a los hombres y a practicar con ellos la caridad. (Grandes aplausos.)

D. Felipe Muñiz

Como jefe regional del Principado de Asturias, saludó en nombre de los tradicionalistas de aquella región, y especialmente en nombre de la Juventud jaimista, a los castellanos.

Nosotros, los descendientes de Pelayo, y vosotros los hijos del Cid, dice, no tenemos hoy que luchar con moros ni con franceses, sino con hijos bastardos de España, cien veces peores que aquellos otros enemigos. (Aplausos.) La enseñanza de la filosofía racionalista en las Universidades ha hecho generaciones de jóvenes indiferentes; ahora no se conforman los impíos con eso, quieren llegar hasta la escuela, y esto no puede tolerarse, si se quiere que sea posible la regeneración, el adormido del conatomos. Y nosotros la haremos en todos los órdenes: haremos la regeneración religiosa, la política, la social y las demás. (Aplausos.)

D. Esteban Bilbao

Al aparecer en la tribuna este elocuente orador, es objeto de una ovación colosal que se prolonga algunos minutos.

Empezaré, dice, aclamando a la libertad que es nuestra, pero no a la de nuestros enemigos, no a la de los incendiarios, de los ventos, asesinos, de monjas, y profanadores de sepulturas, porque esa es una libertad de la que ha podido decirse: «Libertad, libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!»

Se nos daba por muertos, y nos reunimos en grandiosa manifestación, como ha dicho muy bien el Sr. Mata, para dar un mentís a los doctores.

Al llegar a este punto, la chusma alborota fuera, produciendo alguna alarma; el orador exclamó: «No les hagáis caso, son los verdugos de la libertad; y el público prorrumpe en una salva de aplausos.

Pero si nos creían muertos, no lo estábamos, y por eso no hemos tenido que resucitar; ni siquiera hemos despertado, porque no estábamos durmiendo; estábamos velando los dolores de la Patria, pero afilando al mismo tiempo los soldados sus bayonetas. (Grandes aplausos.)

Yo saludo a Castilla, en cuyas llanuras descansan los héroes de la Reconquista, y evoco los recuerdos de sus leyendas, de sus historias gloriosas, que son leyendas e historias vuestras y nuestras. Porque la Patria está en todas partes; yo la he visto en Asturias, como cuna del soldado; en las montañas de Vasconia, como un lecho del dolor; en los jardines de Valencia que parecen surgir del beso de las olas del mar. Mas para sentir las palpitaciones de esa misma Patria, he tenido que venir a Castilla, que es el corazón de la Patria misma. (Grandes aplausos.)

Cuando he pasado por vuestras llanuras he visto escritos en ellas, con la espada de nuestros capitanes ilustres y la sangre de nuestros soldados, las páginas más hermosas de nuestra historia. Y no hay en toda Castilla un terrón de tierra ni una sola piedra que no tenga manchas de sangre heroica e historias de grandeza y valor, porque por estas llanuras pasaron, desde el Guadalete hasta Granada, todos los héroes de nuestra Reconquista. (Aplausos.)

Yo saludo a Castilla, nuestra hermana mayor, la pobre cenicienta, digna de nuestros amores; la saludó en nombre de los vizcaínos, porque a todos nos dió la Patria, y le dió a un vizcaíno la lengua para escribir los Cuen-

alcalde fue quien disparó la primera piedra, pero el alcalde no parecía por ninguna parte; se lo había tragado la tierra. Ese buen señor es, al parecer, un caballero muy aprovechado; nombrado alcalde por Maura, conservó la alcaldía en tiempos de Moret y anda ahora de perfectísimo acuerdo con Canalejas. Es de los que tiran la piedra y esconden la mano; en las sombras alientan a los revoltosos, pero no tienen valor para dar la cara, porque no tienen convicciones. Y en la conducta de ese pobre señor está el secreto de nuestro triunfo.

No son los obreros, no son las masas de trabajadores, no es el pueblo el enemigo de nuestras ideas, son los alcaldes y vividores, como el de Medina, que azuzan las bajas pasiones de la plebe ociosa, y no tienen valor para practicar aquello mismo que predicán.

Pero esa misma hampa social por ellos explotada, les abandonará ante el primer peligro serio que corra, porque está desorganizada, y reclamará para el momento del combate la presencia de sus cobardes adalides, que no serán capaces de derramar una sola gota de su sangre ni aun en la defensa de sus propios intereses.

El buen D. Antonio Sánchez, que asumió las responsabilidades del mando, andaba atolondrado, sin saber qué hacer. Los golfos de Medina estaban de acuerdo con el alcalde y el señor Sánchez no podía contentarlos. No veía otra solución que la de suplicarnos a nosotros que no hiciéramos alardes de ninguna especie, que fuéramos divididos en pequeños grupos y por distintas calles a la iglesia, que evitáramos por Dios y por todos los santos un día de luto a la ciudad de las ferias.

Y como nosotros teníamos mejor concepto de la ciudad famosa que muchos medinenses, y no íbamos a dar más batalla que la batalla de las ideas, obedecimos al Sr. Sánchez, y en pequeños grupos y por diversos sitios llegamos a la plaza, lugar, al parecer, elegido para teatro de sus hazañas por los bravos de Medina.

Ya sabéis lo que pasó: las turbas invadieron la plaza en desenfundada carrera, dando voces y alaridos; se parapetaron en los arcos, y proveyéndose de proyectiles en los escombros de una casa derruida, ellos, los valientes, los que aclaman la libertad, los que piden respeto para todos, los que protestan de todas las tiranías, representaron una ridícula farsa, un simulacro de ataques; lanzaron unos centenares de ladrillos rotos, y un miserable desaharrado avanzó cuatro pasos y disparó dos veces su revólver.

La serenidad y arrojo de dos hermosas y distinguidas salmantinas que, abrazadas a su bandera, la plantaron en la plaza frente a los alborotadores, y la actitud resuelta y decidida de un joven salmantino y de un veterano de Zamora bastaron para infundir respeto a las turbas, cuya vanguardia retrocedió, para continuar insultando y arrojando ladrillos a gran distancia, hasta que llegaron fuerzas de la guardia civil. Todo esto quiere decir que el enemigo es mucho menos temible de lo que parece; un poco de orden y disciplina y algo de energía y serenidad bastarán para daros, en ocasiones más peligrosas, el triunfo.

Adelante, muchachos! Redoblad vuestros esfuerzos, activad vuestras propagandas, comunicad vuestros entusiasmos, y con la serenidad inalterable que dan las convicciones arraigadas y con el temple de las almas, saturadas y rebosantes de entusiasmos, acudid todos a vuestro puesto de honor; no provoquéis discordias, no insultéis a nadie, pero manteneos firmes en vuestros

puestos y no olvidéis con cuánta facilidad puede conseguir la victoria sobre las muchedumbres, acéfalas y desorganizadas un corto número de hombres disciplinados, aguerridos y previsores.

D. M.

LOS HECHOS

La salida

A las ocho de la mañana se encontraban en la estación del ferrocarril los expedicionarios de esta ciudad, que en número de ciento veinte habían de trasladarse a Medina para asistir al mitin regional tradicionalista, que en aquella villa se celebraba.

Entre las personas que montaron en el tren recordamos a las señoras y señoritas Pilar y Mercedes Húmar, Luisa S. Reyes, Isabel Reyes, Adela Revillo, Felisa García, Loreto García, María Cascón, Sabina Lucas, Bernardina S. Guevara, Enriqueta Albarrán, Satoria Escalá, Dolores Lamamié de Clairac, Carmen Zatarain, y a los señores D. Ernesto y D. Florencio Amador, D. Secundino y D. Rafael Húmar, Argenta, Méndez Pérez (D. José y D. Manuel), don Juan y D. José Gil, Flores, don Venancio y D. Teobaldo Barcenilla, Salas, D. Luciano Esteban, Arias, Palencia, Gómez, Soler, D. Juan García, Reyes (Jesús y Enrique), Revillo (don José y Pepito), Mata, Redondo y Viñuela, D. Lucas Vicente, D. Leonardo de la Mano, Miral, D. Juan y D. César Castaño, D. Luis Santiago, D. Alfonso González, Sánchez Gutiérrez, D. José y D. Luis Guervós, Lunar, D. Filemón Blázquez.

D. Fernando y C. Jesús de la Cueva, Muñoz, Cobaleda, don Serafín Sánchez, Alonso, D. Lázaro Pérez, Carrasco, D. Lucas, D. Eustasio y D. Juan Méndez, Gómez, D. Heliodoro, Martín, D. Manuel Vicente, Albarrán, D. Buenaventura Mingo, Arbill, de Lamamié de Clairac (don Eloy, D. Rafael y D. José), Méndez (D. Eloy), Cimas, D. Cipriano, Alonso (presbítero), D. Leopoldo Sánchez, Vázquez, Ibarlucea, Sánchez Gómez, Ferrero, D. José Rodríguez, D. Antonio y D. Ramón Clairac, D. Eleuterio García, D. Agustín Alonso, D. Cayetano Malmierca (presbítero), Pedraz, Bermejo, don Marcelino Rodríguez, D. Sabas Santos (presbítero), Arambarri, D. Adolfo Martín, Olazábal, don Sebastián Martín, D. Sinfiriano Sánchez, D. Ángel Martín, don Filadelfo Mata y D. Federico Almaraz (presbítero), D. Costancio Arias, Nieto, D. Enrique Díez, D. Aurelio Alonso, Solórzano, Bernal (D. Simón y don José) y Martín de Mora (presbítero).

A la hora previamente anunciada partió el convoy, en medio de vítores y aclamaciones, reinando durante todo el viaje la más franca alegría, entre los cánticos de la gente joven y las conversaciones animadas de la gente de más edad.

Llegada a Medina

El aspecto que a nuestra llegada presentaba el amplísimo andén de la estación de Medina, era por extremo imponente. Coincidió con la llegada de nuestro tren, la llegada del que conducía a los expedicionarios de Valladolid, y miles de almas, movidas todas por un solo sentimiento, prorrumpían en vivas entusiastas a las cosas y personas que nos son más queridas, y en aplausos a las banderas de las juventudes, y a las bellísimas señoritas que como corte de amor se separaron de ellas en ningún momento ni aun en aquellos de verdadero peligro que los hubo, como veremos después.

Ya a la llegada a la estación, algunos agentes de la autoridad nos advirtieron que una pandilla

de revoltosos trataba de turbar el orden a nuestra entrada en el pueblo. Y nos obligaron a dividirnos, señalándonos ruta distinta para las banderas y para el resto de los manifestantes. Nosotros, confiados en nuestro propio valor (por qué no decirlo?), y en el derecho que preside nuestros actos, les hicimos ver que éramos capaces de sostener el orden, llegado el caso, si las autoridades, siendo impotentes para ello, nos dejaban obrar por nuestra cuenta.

Al llegar a las primeras casas del pueblo, un agente del municipio nos indicó la ruta que las banderas habían de seguir, retirándose el tal agente a continuación, modesta y prudentemente. Y como él mandó se hizo, llevando las banderas recogidas y custodiadas por las señoritas, y por una docena de leales. En la primera bocacalle, encontramos a un grupo de carapaterías que gritaban como condenados y nos acechaban, mostrando grandes deseos de apoderarse de las banderas. ¡Qué valientes serían aquellos individuos con aspecto de furias, que un par de bastonazos y unos cuantos empujones dados por los nuestros terminaron el conflicto!

En la Plaza.—Acto de salvajismo.

Al llegar a la plaza las banderas y dirigirse la comitiva al templo, suenan dos tiros en la parte opuesta. Nosotros, serenos e impávidos, recibiendo un hermoso ejemplo de las señoritas que con su cuerpo rodeaban las banderas, procuramos orientarnos para ver de hacia que parte se dirigía la agresión. A nuestra izquierda un grupo de canallas arrojaba piedras, pero desde lejos, pues apenas si sus proyectiles llegaron a los pies de los que estaban más cerca de ellos, y dispuestos a darles frente. Ya los nuestros se apercebieron a rechazar la acometida en forma adecuada y el jefe de la guardia civil que lo comprendió así, mandó a la fuerza que a todo correr ocupara nuestras posiciones y dando cara a los revoltosos ordenó preparar las armas. Verlo estos y huir como cobardes mujerzuelas todo fue obra de un instante.

Nuestros lectores querrán saber los detalles de este lamentable incidente capaz de acreditar por sí sólo de inepta a la autoridad de un pueblo, si es que a esa autoridad no tenemos que calificarla de algo peor, pues a personas que ostentaban insignias galoneadas, hemos oído decir que el alcalde de Medina era el que había preparado aquella escena propia de las kábilas del Rif. Lo ocurrido fue lo siguiente:

Un zapatero de viejo, residente en Medina, muy conocido hasta ahora, y más conocido que lo será en adelante de un correligionario nuestro de Valladolid, al ver las banderas en la Plaza y llegar la manifestación por la parte opuesta, disparó dos tiros contra el suelo, diciendo: «que tirarán los carlistas, a ellos la guardia civil». En este momento arrojan de una obra un ladrillo y hieren a D. Matías Puente, notario eclesiástico de León; inmediatamente el grupo de salvajes corre hacia donde estábamos los que teníamos las banderas, y ocurrió lo que antes hemos dicho, que primero no se atrevieron a acercarse lo suficiente, y después huyeron desavoridos. El alcalde no pareció por ningún sitio hasta pasado el conflicto. O estaba lleno de miedo, o observando cobardemente desde las sombras tan criminal hazaña. El primer teniente alcalde, excreando las escenas de salvajismo que en su pueblo se desarrollaban, nos pidió cordura y prudencia, no había necesidad de ello, y dió órdenes oportunas para evitar un disgusto en el que él comprendía que nosotros no habíamos de llevar la peor parte.

En el templo.

Terminado el conflicto de la plaza, nuestros correligionarios acudieron al templo, en donde oyeron misa y asistieron a la bendición de las banderas de Medina y Villarramiel. Después, en correcta e imponente manifestación, pero sin las banderas, porque lo prohibió la autoridad, se dirigieron al juego de pelota, en cuyo local estaban preparadas las mesas para celebrar el banquete, que fue tan numeroso de comensales como nunca en Medina se ha visto.

El banquete.

Seis mesas larguísima y la de la presidencia llenaban todo el local elegido al efecto. La presidencia fue ocupada por nuestros queridísimos amigos D. Bartolomé Feliú, jefe Delegado de nuestro amado don Jaime, Sr. Conde de Rodezno, diputado por Aojiz, Sr. D. Lorenzo Sáenz, diputado por Tudela; Sr. D. Celestino Alcocer, diputado por Laguardia, general Najera; D. Idefonso Muñiz, jefe regional de León; D. Felipe Muñiz, jefe regional de Asturias; D. Benito Sánchez, jefe local de Zamora; D. Nicasio Sánchez Mata, D. Esteban Bilbao y D. Luis Laramendi. En la misma mesa tomaron asiento los señores López de Vivigo y Prada, de Valladolid; Pizarro y Ordóñez, de Oviedo; Revillo, Gil de Angulo y Miral, de Salamanca. En el banquete había varias señoras y señoritas, entre otras las de Sánchez Mata, Zatarain, Húmar, Blázquez y Adelita Revillo, de esta ciudad; señora y hermana de Pizarro, de Oviedo; señora de Muñiz y hermana política, señoritas de López Menéndez, López Herrera, de Valladolid, y Leibar, de Ondarroa.

Bendecida la mesa, y antes de principiar la comida los diputados Sres. Feliú, Sáenz, Conde de Rodezno y Alcocer, dirigieron dos energéticos telegramas al Sr. Canalejas y Ministro de la Gobernación Sr. Merino, protestando de la conducta inculcable del alcalde de Medina, y anunciando, que, en su día, pedirán estrecha cuenta de los actos realizados por este personaje. Un querido amigo nuestro llegado esta mañana, nos dice: que ante él, ante los señores Jefe Delegado y Regional y otras personas de significación, que se quedaron anteayer en Medina, fueron a protestar de la conducta de tal alcalde, el señor Juez de instrucción, varios concejales y otras personas pudientes de la villa, testimoniando así sus respetuosas simpatías a tan ilustres huéspedes.

Durante el banquete, reinó la más franca alegría, comentándose sabrosamente los sucesos desarrollados en la plaza, y haciéndose sobre ellos infinidad de chistes a cual más humorísticos. La comida, en honor de la verdad, no estuvo bien servida; si bien este fracaso del fondista encargado de ello lo teníamos descontento, porque es difícil que en un pueblo como Medina, con mozos de labor disfrazados de camareros, y sin otros elementos necesarios para estos casos, se pueda servir bien un banquete de más de cuatrocientos comensales, ni encontrar cocinero que sepa aderezar la comida para ellos.

El mitin

En el templete preparado al efecto se colocaron las banderas de las juventudes jaimistas de Bilbao, Valladolid, Salamanca, Villarramiel y Medina.

Ocupaban la presidencia el Jefe Delegado de la Comunión Carlísta Sr. Feliú que tenía a su derecha al señor Conde de Rodezno, y a su izquierda al general Najera. Los demás asientos de preferencia eran ocupados por los oradores y comisionados de Burgos, Palencia, León, Bilbao, Segovia y Avila.

Antes de comenzar los discursos se leyeron adhesiones de los

círculos tradicionalistas de Vergara, Oviedo, Tolosa, Zarauz, San Sebastián, Irún, Eibar, Mondragón, Toledo, Bilbao, Carrión de los Condes, Villarrobledo, El Correo de Guipúzcoa, La Tradición Navarra, Las Libertades, de Oviedo y otras muchas.

El número de asistentes, juzgando por la capacidad del local suficiente para ocho mil personas y teniendo en cuenta el espacio ocupado en el mismo y los muchos individuos subidos en algunas mesas (otras hubo que quitarlas) que habían servido para el banquete, puede calcularse entre cinco y seis mil personas.

LOS DISCURSOS

DE LOS ORADORES

Comienza el jefe regional de León, Sr. Muñiz, anunciando con su palabra insinuante y suave, que se introduce con dulzura en los oyentes, el objeto de la reunión, y dice que hablará en primer término el presidente de la Juventud Jaimista de Medina, Sr. Descalzo.

El Sr. Descalzo

La desgracia que me aflige, empieza diciendo el orador, parece que pone en mi garganta un nudo que no puedo desatar; pero en medio de mi dolor yo tengo que hablaros, porque mi padre desde el Cielo me bendecirá viendo que soy digno hijo suyo y defendiendo con toda la fe y el entusiasmo con que él los defendía, nuestros santos ideales. (Aplausos.)

Santos ideales, sí, los nuestros. Ellos nos han llevado esta mañana a la iglesia, porque somos lógicos, y confesamos como pide la razón, como lo han confesado hasta los perseguidores de Cristo, como lo tuvieron que proclamar Cicerón, Augusto, Juliano el Apóstata, Voltaire y tantos otros, como lo sellaron con su sangre los Mártires, confesamos a Dios. (Aplausos). Y lo confesamos, porque Dios hizo grande a España, y la unidad católica, que nos dió la unidad política, fue la que nos dió tantos días de gloria.

Por lo cual la historia de España parece seguir el camino que sigue la Iglesia, y la Iglesia nos hizo vencer y venció con nosotros, y nuestras fueron sus victorias y nuestras victorias fueron suyas. Y si hoy ella y nosotros sufrimos persecución, ya nos levantaremos; también el Capitán del siglo XIX estuvo victorioso en su lucha contra la Iglesia y contra España; pero en España fue derrotado, y cuando iba cautivo en un vapor a Santa Helena, se cruzaba en el mar con el barco que restituía al Pontífice a sus Estados. Los que echaron de España a Napoleón, esos fueron nuestros padres, nosotros haremos lo mismo con nuestros enemigos; (aplausos) al revés de los liberales, cuyos padres fueron los que compraron por unos maravedís los bienes, producto de un latrocinio inmenso, de las comunidades religiosas, de las corporaciones religiosas, de los municipios. (Grandes aplausos).

Nuestros ideales nos llevaron al templo, como os digo, y nos han traído aquí para continuar nuestra obra, para seguir proclamando nuestra fe. Y para proclamar nuestra unión, la unión más necesaria, la de todos los tradicionalistas españoles, que protestamos contra la revolución lo mismo la pacífica, hipócrita y artera del liberalismo que la desenfrenada de la semana trágica de Barcelona, y protestamos más en particular contra las escuelas laicas o sin Dios, que en realidad van contra Dios, y educan al hombre para el crimen, y atacan todos los principios morales, sociales y jurídicos.

cos, y al ejército y a la bandera de la patria. (Aplausos).

Nosotros, unidos, protestamos contra todo eso, porque aun quedan en España restos de la gloria pasada y amores encendidos por el Pilar santo de Zaragoza y por el sepulcro de Santiago de Compostela. (Grandes aplausos). La revolución pacífica se estrellará contra este bloque que hemos formado; la violenta contra todos nosotros también, dirigidos por el valiente Caudillo, que hoy no nos habla, porque no quiere que se derrame sangre inútilmente, pero que saldrá a la defensa de la justicia y la razón cuando se haya llegado a las consecuencias de las premisas sentadas por los liberales, y sean quemados los altares, y caigan los tronos. (Aplausos).

Entonces se restaurará la Tradición y relegaremos al panteón de los muertos las ideas liberales, y en ese panteón pondremos una lápida que diga: «aquí yace el cadáver del sofisma mayor de los tiempos modernos, que después de dominar ingenios y naciones, murió sin prestigio porque nació sin honra». (Grandes aplausos).

El orador termina saludando a la presidencia, a las comisiones, a las juventudes jaimistas, a la representación lucidísima del bello sexo y a los demás concurrentes al acto que no participaban de nuestras ideas.

Grandes aplausos y aclamaciones escuchan el joven orador, que habló con una corrección muy discreta.

El Sr. Atienza

El Sr. Muñiz presenta a continuación al orador Sr. Atienza, anarquista ayer y hoy fervoroso tradicionalista.

Su presencia produce un murmullo de simpatía, al contemplar el rostro de aquel hombre en el cual se ven las huellas de los vaivenes de la vida y de las luchas pasadas, y algo como un rayo de la nueva luz que ilumina en lo presente el alma aquella. Con acento conmovedor algunas veces, con emoción que brotaba de lo más íntimo del alma, su discurso fue una elegía de los dolores del obrero y un himno de gloria a las doctrinas que lo pueden salvar.

No merezco yo, dice para empezar, la guirnalda de flores con que el Sr. Muñiz, con tanta benevolencia, afirma que debéis coronarme; vosotros sois los merecedores de esa guirnalda, y solos vosotros. Y eso os lo digo yo, que he rodado mucho por el mundo, que he vivido con todos y que he visto que vosotros sois los buenos y los mejores.

A vosotros he venido, con el firme propósito de seguirlos, hijo de una firme convicción; y a vosotros os pido que me admitáis por hermano, porque vosotros acaso no tenéis más que un mendrugo de pan y no os sentáis a las mesas de los festines, pero sois los únicos que tenéis amor y tenéis lágrimas en el alma; vosotros no habéis conseguido el triunfo, pero vosotros sois leales. (Grandes aplausos).

Yo quisiera deciros lo que vale el tesoro de mi corazón, pobre antes, enriquecido hoy con las perlas de vuestra corona gloriosa; lo que vale todo mi ser, que no tenía ya sangre cuando me acogí a vosotros, que hoy está lleno de vida por vuestra savia, llena de vigor, de que me habéis hecho participante. Y aunque me cueste padecer persecuciones de los que antes eran mis compañeros, quiero gritar con vosotros ¡viva D. Jaime!

Porque al venir al campo católico, yo amante de todo lo bello y de todo lo hermoso, que por amor a lo bello y a lo grande estuve en el campo contrario, creyendo que era mi deber atacarlos, cuando aun no os conocía—porque yo nunca os atacué por perversidad de corazón, sino por errores e ignorancia—al venir al campo católico, no podía una alma como la mía buscar a los liberales, donde podría recoger prebendas, o a los mestizos, que